

IQUIQUE EN 100 PALABRAS

LOS MEJORES 100 CUENTOS IV

INCLUYE RELATOS DE LA QUINTA VERSIÓN DEL CONCURSO

Selección | Fundación Plagio

Edición | J&P Editoras

Diseño | www.triangulo.co

Ilustraciones | Lucius Blacklung, Valentina Contreras y Mariacarlos Guerra

"IQUIQUE EN 100 PALABRAS: LOS MEJORES 100 CUENTOS IV"

© Fundación Plagio

Registro de Propiedad Intelectual N° 264987

ISBN: 978-956-9304-13-2

Primera edición: junio de 2016

Tiraje: 20.000 ejemplares

Se terminó de imprimir en mayo de 2016 en Quad/Graphics

Av. Pajaritos 6920, Estación Central, Santiago.

www.iquiqueen100palabras.cl

DISTRIBUCIÓN GRATUITA · PROHIBIDA SU VENTA

IQUIQUE EN 100 PALABRAS

LOS MEJORES 100 CUENTOS IV

INCLUYE RELATOS DE LA QUINTA VERSIÓN DEL CONCURSO

La V versión de «Iquique en 100 Palabras» nos sorprendió gratamente con una participación que duplicó, en sólo un año, la cantidad de cuentos respecto de la edición anterior. Lo que nos demuestra, una vez más, que los habitantes de Iquique y de sus alrededores son sumamente creativos, que están interesados en reflexionar sobre su identidad y región, sobre lo que viven actualmente y, en especial, sobre sus tradiciones, su pasado, sus diversas influencias y sus fiestas.

Por otra parte, tuvimos la participación de todas las comunas de la región, lo que era, sin duda, uno de nuestros mayores desafíos: extender a los diferentes territorios de Tarapacá la invitación a escribir cuentos breves.

«Iquique en 100 Palabras» es parte de un programa cultural más amplio que BHP Billiton desarrolla en todo Chile y que posee por objetivo acercar a los chilenos y chilenas a actividades e iniciativas culturales de alta calidad y contenido, que promuevan el fortalecimiento de la sociedad civil e identidad local, el fomento a la lectura y a la escritura, el cuidado del patrimonio y la generación de capacidades.

Con la publicación de este libro, volvemos a invitarlos a todos, a las distintas comunas, a niños y adultos, a quienes han escrito y a quienes se animan a hacerlo por primera vez, a ser parte de esta iniciativa. Que este libro sirva de inspiración y de revelación para descubrirnos e invitarnos a pensar nuestro territorio a través de la escritura.

BHP Billiton Pampa Norte

Seis años de concurso y 10.291 cuentos recibidos son cifras que dan cuenta de una región impaciente por contar sus historias, sueños y tradiciones. Desde otra mirada, también demuestra que es la necesidad de espacios, y no la falta de inspiración, lo que aqueja culturalmente a nuestro país. Desde 2011, «Iquique en 100 Palabras» ha trabajado en pos de esto: ser depositario de los relatos que conforman el imaginario colectivo del Norte Grande chileno, no sólo como un concurso, sino también como una instancia generadora de espacios culturales.

El concurso ha logrado que los iquiqueños participen, aunque, durante las últimas convocatorias, hemos llegado a diversos puntos de Tarapacá. Cuentos de Alto Hospicio, Camiña, Pozo Almonte, Huara y Pica también dan sentido a este proyecto literario.

En esta última convocatoria, confluyen nuevos temas. Ya no son sólo las tradiciones el motivo principal. Y es que cuando se habla de «Iquique en 100 Palabras», no se habla únicamente de la idea tácita de describir la ciudad en cien o menos palabras. Se habla de ficción,

de problemáticas sociales e incluso de historias mínimas que, en la voz de sus creadores, pueden transformarse en grandes épicas que dan sentido a los habitantes de la I Región.

Dieciséis años atrás jamás hubiésemos imaginado este escenario. «Santiago en 100 Palabras», el proyecto que inició todo, hoy cumple los mismos años que Fundación Plagio y ya no se trata solamente de una iniciativa de carácter nacional. Desde 2015, existe «Puebla en 100 Palabras» (México), «Budapest en 100 Palabras» (Hungría) y, a partir del 2016, estaremos presentes en Praga, Bratislava y Varsovia.

La importancia de este concurso radica en cada uno de los que creen que la escritura y la lectura son una herramienta de liberación. A ti, que lees este prólogo, te invitamos a crear y a compartir.

Fundación Plagio

Aquí no llueve, sólo llovizna

El día se sentía anómalo y ajeno. Fui a visitar el mirador sur de Alto Hospicio, donde se encontraba observando siempre hacia al frente, como guerrero empedernido, el Cristo Redentor, pálido y sereno. Nunca había ido antes. Me puse junto a él, mirando también hacia lo que tenía enfrente, cuando una minúscula gota de agua cayó del cielo y aterrizó en mi mejilla. Miré hacia todos lados, pensando en el paraguas rojo que tenía en mi maleta. Luego, vacilando, miré de soslayo al Cristo Redentor. «Tonta», oí que me decía, «aquí no llueve, sólo llovizna».

Katherine Poblete, 16 años, Alto Hospicio

Cambio climático

Todo el mundo está preocupado del cambio climático. Dicen que, en vez de tener cuatro estaciones en el año, ahora solamente tendremos dos. Yo no me aflijo. En Iquique siempre hemos tenido solamente una estación.

Francisco Serrano Lara, 30 años, Iquique

Nieva en Iquique

Papá, ¿acá en Iquique cae nieve? No, hijo, fue un pato yeco.

Alejandro Durán Gómez, 47 años, Iquique

Vivir cerca de Cavancha

Vivir cerca de la playa tiene sus ventajas y desventajas. Cuando hacen pasacalles, estoy cerca para poder ir a ver, o cuando desfilan los marinos. Pero para Año Nuevo la gente se vuelve loca y, cuando gana Chile un partido, es mejor esconderse bajo la tierra.

Karen Hilari Ascensio, 15 años, Iquique

Oasis

Un oasis en medio del desierto es difícil de imaginar, pero cuando vives allí sólo queda disfrutar.

Solange Villalobos Toro, 25 años, Pica

Sol iquiqueño

Siempre está ahí, en todas las épocas del año. Incluso en invierno, mientras todo el país debe aguantar bajas temperaturas, él nunca nos deja. Tiene muy buenos modales, cada día viene a saludar. A veces debemos aguantar su calidez todo el día hasta el punto de hostigarnos, sin embargo, otros agradecemos su visita, aunque sea de corta duración. Con sus rayos cobija a cada iquiqueño que espera un poco de calor en las mañanas frías de invierno.

Maureen Carvajal Avalos, 20 años, Iquique

Dragón

Se quedó dormido, los años pasaron, kilómetros de polvo lo cubrieron. Hoy lo confunden con un cerro.

Luciano Bravo González, 34 años, Iquique

Yo soy La Negra

Hola, yo soy La Negra, esa población que ves al entrar a la avenida Ricardo Lagos. Muchos me critican y la mayoría me ve como un sector malo. Antes de darle vida a mi corazón, yo era un hoyo negro donde no habitaba nadie. Poco a poco fueron llegando personas a mi humilde corazón y puede que no tenga las casas más grandes y hermosas del mundo, pero tengo muchas cosas dentro de mí. Al caminar por mis calles, podrás ver distintas realidades que marcan cada latido. Es eso lo que me llena de orgullo.

Fernanda Gamerra, 17 años, Alto Hospicio

Iquique

Cuando era pequeño, creía que Chile era Iquique. Hoy Iquique es Iquique.

Andrés Rojas Ramos, 25 años, Iquique

La señora Rosita

PRIMER LUGAR

Con cincuenta años, llega todos los días de verano a playa Brava y, junto a otras, arma el parque de juegos inflables donde cientos de niños ruedan por coloridos toboganes. Ella cobra la entrada, se abriga cuando el sol se pone, come churros y vende burbujas mientras mira un televisor a pilas. De noche, cuando los niños se han ido y los otros locatarios han desinflado sus empresas, ella aguarda el momento preciso para subirse a lo alto de su castillo inflable y deslizarse llena de ilusiones, recordando que desde niña siempre soñó con un castillo para ella sola.

Camila Guevara Risso, 27 años, Iquique

La playa

La playa es mi lugar favorito, donde me desahogo, donde las olas me quitan la frustración. Donde el agua es tan fría que congela mi tristeza y la arena caliente me da alegría. Ese es mi lugar favorito: mi linda Cavancha.

Rafael Amaya, 14 años, Iquique

Nací campeón

Desperté al mundo en Iquique. Cuando aprendí a caminar y escuchar por mi cuenta, me enteré de campeones de boxeo, futbolistas, nadadores y de algunos atletas. Ya me habían contado del Hombre del Saco y del Cuco, pero seguí caminando y escuchando. Escuché de la Santa María, del salitre y las pesqueras, que hubo banderas negras y me enteré de una Zofri. Conocí al Chicote, entre otros, a unos menos locos que los demás, todo caminando por calles y barrios históricos que Prat no conoció. Y aquí estoy, sin haber disputado ni ganado nada. Soy campeón porque soy iquiqueño.

Juan Díaz Bravo, 55 años, Iquique

Mi abuelo iquiqueño

Mi abuelo nació en Iquique, cuando aún pertenecía al Perú. Al cumplir tres años, el Tratado de Ancón, en el que Perú cedía Tarapacá a Chile, lo cambió de país sin moverse de su casa, igual que al resto de los habitantes de esta ciudad. Cuando yo le preguntaba «abuelo, ¿es usted peruano o chileno?», él siempre respondía «yo soy iquiqueño, hija, sólo iquiqueño».

Rosa Tassara del Castillo, 76 años, Iquique

Juguete

MECIÓN HONROSA

Quién sabe por qué los abuelos se fueron a vivir a Mamiña, tan lejos. Pero en vacaciones nos llevaban, y era lindo jugar en el ataúd que se habían comprado. A veces mi hermano era vampiro y después yo hablaba desde adentro, nos divertía escuchar cómo sonaba la voz. Mi prima inventó hacerse la muerta y se durmió, al despertarse hubo gran susto. Para Viernes Santo se lo prestamos al cura, que nos pagó con un mango enorme. Después que lo usaran con la abuelita, estuvimos mucho tiempo esperando que nos devolvieran el juguete.

Marce Contreras Mondada, 76 años, Iquique

Tierra de campeones

No sabemos qué nos hará el mar, siempre se dice que algo vendrá e Iquique desaparecerá. Pues el terreno tal vez, el alma no sé. ¿Qué pasa si todo es verdad? ¿Qué pasará con ese reloj? ¿Con los juegos que todos hemos usado? ¿Con los bailes que hemos creado? Nada se sabe, esa es la verdad. Sin embargo, vivimos sin miedo a lo que pueda pasar. Sabemos que a esta tierra de campeones nada le pasará. Somos lo mejor del país aun que nadie se dé cuenta de que estamos aquí.

Constanza Peralta, 15 años, Iquique

Perspectiva

Y si empezamos esta historia de otra forma. Y si sus personajes son presentados de manera diferente. Y si hablamos de sus virtudes y no de sus defectos. Y si en ella relatamos su preocupación por el prójimo y no las peleas. Y si hablamos de una infancia rodeada de alegría y del cariño más sencillo y puro, y no de las cosas que no deberían haber vivido. ¿Y si terminamos esta historia de forma distinta, concluyendo que La Negra es un lugar lleno de esfuerzo, lucha, cariño y esperanza, y no un lugar peligroso y malo?

Elesua Luna da Silva, 17 años, Alto Hospicio

Primero de noviembre

Días previos al primero de noviembre, mi abuelo Chumingo me decía: «Cabro, vamos a ir al cementerio a echarle una mirá a los nichos de los finaos». Una vez llegado el día, partíamos con la escalera y los tarros. Mi abuelo me paseaba por todo el Cementerio N° 3, llegaba a una lápida diciéndome: «Este era mi tío Pocholo, el mejor albacorero» y me hacía subir, limpiar, pintar y cambiarle agua a los floreros. Así transcurría el día, entre nichos y epitafios llegaban las siete de la tarde, hora en que bajábamos por Zegers comiendo alfajores de Matilla.

Francisco Menay Vásquez, 29 años, Iquique

Duraznos

MENCIÓN HONROSA

Vimos la mancha de humo entre los cerros y partimos. Ya había ocurrido antes con cigarros importados y otra vez con unas radios que se inundaron una tarde en la Zofri. Subían los camiones, vaciaban la carga, la rociaban con bencina y dejaban caer el fósforo. Ahora eran latas, decenas de tarros vencidos hinchándose al sol. Esperamos que se enfriaran y llenamos nuestras mochilas antes de volver a casa. Al día siguiente regresamos y durante semanas tuvimos las uñas con tizne y postre después de cada almuerzo.

Richar González Matamala, 37 años, Alto Hospicio

Mangoleche

¿Qué se sirve?, la escuché. Un mangoleche, le dije.
¿Algo más?, me dijo. Eso no más, le dije.

Carlos Tolmo Pérez, 30 años, Iquique

Hecho en Pica

En mi familia, cada fin de mes, mi tío, que vive en Pica, nos trae una caja grande con naranjas dulces para hacer jugos que tomamos hasta que nos duele la guatita, comiendo unos ricos alfajores de Matilla con sabor a guayaba y mango.

Deigoro Oliveros Mora, 22 años, Iquique

Canto de la infancia

Había escuchado ese sonido en incontables ocasiones. No era una novedad para mí, pero sí lo fue para María. ¿Qué es esa música?, me preguntó. Es una cuculí, le respondí. Esas aves tienen un canto especial. Mi abuela tenía la costumbre de pasar tardes enteras escuchándolas mientras su vida se acercaba al final. Mi viejita era oriunda del sur, como tú. Para ella fueron una amarga sinfonía. Para mí, una canción de cuna.

Mario Aravena Pérez, 20 años, Iquique

Mi cambucha de papel

Mi cambucha con cola de papel de diario alcanzaba los aviones, conversaba con el piloto y aterrizaba como cualquier avión en la cancha de aterrizaje. Esperaba el semáforo para darle la pasada a los autos y se deslizaba sobre el cielo de Iquique. Conocía cada calle y le enviaba mensajes a Dios y a mi hermanito. Era el tesoro máspreciado de mi vida. Su hangar era una caja de zapatos. Un día la lleve al colegio. Había mucho viento, quería competir con las palomas del techo y se me voló lejos. Quizás ganó aquella carrera en el tiempo. Hoy vuelvo a encumbrar otra cambucha y no es lo mismo. Los gigantes taparon el viento.

Juan Manuel Rojas Barros, 53 años, Iquique

Pastel de mono

Mono frito, escabechado de mono, ceviche de mono, mono a la plancha era en casa el menú de la semana. Todo esto porque el papá trabajaba en las pesqueras y paraba la olla con este regalo del mar. Junto a mi hermano, todavía recordamos que cuando chicos era el menú del suplicio. Pero, ahora que la viejita no está, daríamos cualquier cosa por volver a comer el gran pastel de mono de la mamá.

Daniel Riquelme Ossandón, 39 años, Iquique

Recuerdos de infancia

Son las siete de la mañana. En la Rinconada ya se anuncia entre pito, rieles y vapor la bajada del Longino salitrero. Es hora de levantarse a la escuela, los rieles crujen y las mujeres corren a recibir el saco con el pan de la mañana, catapultado desde el vagón por sus hombres ferroviarios. Más de uno es devorado por sus metálicas y chirriantes ruedas. Ya vamos camino a la Escuela N° 11 con mi hermano chico, aquella de pino oregón y patio de tierra, frente a la panadería de los Sciaraffia. Ya no se escucha el Longino.

Bernardo Encina Olivares, 57 años, Iquique

La cambucha

Junto a mi hermana, en septiembre subíamos al techo de la casa, ese cubierto de conchuelas del Iquique heredado de los peruanos, con el diario *El Tarapacá* en mano y una carretilla de hilo cadena. Hacer la cambucha sólo era cosa de unos minutos. Rápidamente ya estaba en el aire con la cola incluida. Años han pasado y no la he vuelto a ver por el aire serpenteando como antaño.

Hernán Rivera García, 51 años, Iquique



Ilustración realizada por Mariacarlos Guerra para el cuento «El dibujo», talento joven (p. 98).

La última locomotora a vapor

Tenía siete años cuando la vi por última vez. Era bella y majestuosa. Al acercarse al andén, crujía y con un soplando furioso anunciaba su llegada a la estación. Nuestra casa estaba en la población ferroviaria y mi patio era el patio de trenes. Una noche de septiembre, papá dijo que esa semana llegaría la última y que luego no habrían más. La esperé y la recibí sabiendo que era la última vez. Adiós, le dije, y me senté en el andén a ver cómo parte de mi niñez se iba con la última locomotora a vapor de Iquique.

Juan Carlos Carreño Carmona, 47 años, Iquique

Oasis de niebla

La neblina invadió los faldeos cumbreños del acantilado marítimo. Y la salvaje aridez se rindió, aduciendo: fue sin siquiera dar batalla. Pero, créanme, ¿cómo poder resistir la humectante caricia del rocío? Los parajes aledaños experimentaron envidiosa admiración, ya que las comarcas sometidas pintadas de verde ahora lucían. Ellos ya no quisieron más ser terreno estéril, sino ser parte de esa campiña lozana. ¿Fue aquello conjuro o sortilegio, acaso? Son los jardines de la camanchaca, un oasis que ella germina y riega sin descanso, con unción maternal. Brotes tiernos y gráciles flores que el sol no se atreve a marchitar.

Braulio Olavarría Olmedo, 70 años, Iquique

Camanchaca

En Concepción no me entendieron cuando les nombré la camanchaca. Me tomaron por desquiciada cuando les conté que la crean los bufidos del dragón dormilón del cerro si se enoja.

Melannie Méndez Gutiérrez, 15 años, Iquique

Mi compañero nuevo: el «iquiqueño»

El compañero nuevo era raro. No era na' que pintara los cerros café, lo peor es que siempre les dibujaba un reloj.

Sebastián Zenteno Osorio, 27 años, Iquique

Por la fama en los muros

Era el dueño de una multinacional que visitaba la sucursal local y al que le mostrábamos la ciudad. En ese tono de los gringos que tratan de hablar castellano, nos pregunta: «¿Quin es ise senior Peico? Mucho quererlo parecer, su nombre en todos lados, in muchas muros, ¿is famoso?». El chofer y yo nos miramos y disimulamos la risa. Como pude le expliqué quién era. Se quedó callado, me miró serio, pareció pensarlo y, de pronto, soltó una carcajada que le duró mucho rato, mientras repetía el nombre del «famoso señor». Reímos con él.

Carolina González Velásquez, 37 años, Iquique

Coletito a la iquiqueña

Levantó la mano para detener un auto. Aquí en Iquique no había líneas, le dijeron. Sólo hay que darle la dirección al chofer del colectivo y, dependiendo de la ruta de este, te llevaba o no. Se detuvo un auto vacío, así que sin preguntar se subió. Saludó al chofer y, pasándole un papelito donde tenía la dirección anotada, le dijo: «¿Me lleva a esta dirección? Soy nuevo en la ciudad y no sé dónde queda». El chofer, luego de leer el papel, respondió: «Pucha, compadre, yo llegué ayer y tampoco sé dónde queda».

Cristian Dinamarca Gallardo, 32 años, Iquique

Así se dice

Llegue al colegio como niña nueva del sur. «¿Tienes típex?», me pregunto un niño. «¿Qué es eso?», respondí extrañada. «Típex po', para borrar lapicera». Más extrañada, dije que no tenía. Más perdida que bombilla de Kapo o pajita, mejor dicho. «¿Dónde vives?», preguntaron. «Calle Santa Rosa, en la autoconstrucción, cerca de La Negra». Desconcertada dije: «A dos cuadras de aquí». Bendito sea el timbre. Me dispuse a llamar a mi mamá mientras compraba. «Me da un jugo», dije marcando el teléfono. «¿Bombillín?». «¿Qué es un bombillín!». Contestaron el teléfono y dije: «Mamá, ven a buscarme, no sé hablar iquiquenense».

Tamara Arriagada, 15 años, Alto Hospicio

Sinónimos geográficos

Unos dicen a lapa, otros al hacha, nosotros simplemente decimos a tota.

Jorge Garrido Morales, 17 años, Alto Hospicio

Colegio

La voz del profesor adormecía a un grupo de jóvenes cuando los intentaba sumergir en la importancia de la tabla periódica de los elementos. Sentado junto a una de las amplias ventanas de la sala de clases, Gerald miraba absorto las olas que reventaban a unos cuantos metros de ahí, mientras su mente recreaba los movimientos para atrapar esa ola con su tabla. Paralelamente, el docente indicaba en un pizarrón las características del hidrógeno, del oxígeno y del sodio. Gerald no entendía nada de eso, sin embargo, conocía profundamente cómo dominar la mezcla de esos elementos sobre una tabla.

Camila Guevara Risso, 27 años, Iquique

Aquellos desfiles escolares

Las nueve en la avenida Balmaceda, los varones de pelo corto y zapatos relucientes, las niñas con ese jumper interminablemente largo y trenzas con cintas blancas. Tras el himno a Prat, empezaba el desfile escolar. Prohibido perder el «paso regular» o masticar chicle, so pena de recibir algún coscorrón al vuelo. Sólo cabía chupar el caramelo que nos habían dado para evitar el desmayo por fatiga. Después de nuestra presentación, nos íbamos a pasarla bien a los juegos Galaxia, a pedir pan a la panadería del pueblo o a comprar los sabrosos recortes de chumbeque, ahí donde el chino Koo.

Vladimir Contreras Aburto, 47 años, Iquique

San Sun, el santo tecnológico

TALENTO INFANTIL

Me llamo Sun Gin; mi nombre es chino, igual que mi abuelo. En el Don Bosco me dijeron que todos podemos ser santos. Me gustó la idea, así que cuando sea santo, me dirán san Sun. Llevaré una *tablet* en mi mano, de esas que venden en la Zofri, y haré que los niños pobres puedan aprender usando tecnología.

Sun Chía Trabucco, 9 años, Iquique

La noche triste

MENCIÓN HONROSA

Esa noche fue negra. La campana junto al *ring* sonó con acentos tétricos y nadie pareció notarlo. El Ñatito había entrenado duro allá en su Club de Box Matadero y creía estar preparado para enfrentarlo todo. El título que defendía en aquella velada era nada menos que la honra de su bella hermana y salió al cuadrilátero armado sólo con sus poderosos puños. Su infame contendor no era rival suficiente para la pegada del Ñatito. Entonces, lo aseguró con una estocada directa al corazón. Rubén Godoy cayó a la lona y no volvió a ponerse de pie jamás.

Mauricio Valdés Huidobro, 42 años, Alto Hospicio

Minga nortina

Nació Rosita Regina y, al poco tiempo, desconsoladamente el destino se sumergió en el pozo de la tristeza y truncó su existencia breve. Todo el pueblo elevó una sentida oración por su virginal almita. Acompañadas por las plañideras melodías de los violines de la estudiantina, las mujeres prodigaron la comida, el pan amasado y el gloriao. Los leñadores construyeron una linda casita para el angelito adorado y hasta el ardiente sol se durmió en sollozos, dando paso a un atardecer frío y gris, con una sensación sobrecogedora, trasladando la casita con su cuerpo inerte en su rodaje a la eternidad.

Bernardo Morales Palacios, 59 años, Alto Hospicio

El mundo del caliche

Llevando una pala recostada en su hombro, el joven Eulogio camina rumbo al molino de la oficina Mapocho, mientras su mente divaga sobre el funesto destino de su vida. Su hermano mayor, víctima del infortunio, sufrió un terrible accidente laboral que le costó la vida. El precario hogar de Eulogio nuevamente era víctima de los rigores de las faenas del salitre, que hace algunos años había cobrado la vida de su padre. No tenía otra alternativa. Abandonó la escuela, dejando a un lado los lápices, los cuadernos y el pupitre, para adentrarse en el implacable mundo del caliche.

Jorge Pulgar Ortiz, 29 años, Iquique

Luna compañera

Aquella noche de luna creciente, en el imponente cerro Dragón, una mujer pariendo y aullando como una loba deja un manto rojo sobre la tibia arena de un sol que ya se ha ido. Está por parir, ya siente el llamado, es un niño. Algo sucedió... Cada luna creciente, esta mujer de pelo oscuro sube al punto más alto del cerro, donde se le ha visto a la luz de la luna, cubierta por aquel manto rojo.

Adriana Soto Cabezas, 21 años, Iquique

Susurros de muerte

Sólida fachada, gruesos barrotes en sus ventanas, estatuas de acero forjado en su entorno, pintura aún fresca, pero nada, nada silencia los gritos, gemidos y susurros de muerte de la Santa María.

Vladimir Contreras Aburto, 46 años, Iquique

El salto suicida

Salió con la firme determinación de consumir su macabro propósito. Aquella anónima mujer, recordada como la esposa del obrero Arias, atravesó los polvorientos pasajes de la oficina Humberstone hasta llegar al patio de las locomotoras. Estando a unos pocos metros de la línea férrea, de su angustiado corazón surgió su último y silente deseo: que pronto pasara la mole de metal. Su fatídica petición le fue concedida a los pocos minutos. En cuanto vio el ferrocarril en marcha, dio el salto suicida que terminó con su existencia, depositando su infausto recuerdo en la abandonada animita que levantaron en su memoria.

Jorge Pulgar Ortiz, 29 años, Iquique

Vuelo

Camino por la columna arenosa del cerro Dragón sin destino. El sol revienta mi cabeza y a lo lejos veo cómo la ciudad va carcomiendo la duna gigantesca. Me levanto y vuelvo a volar, sin saber si algún día podré llenar mis zapatos de esta arena tan fina, de esta arena tan golpeada.

Carlos Correa Segovia, 38 años, Iquique

Desayuno de campeones

Esa amarga mañana de enero del 86, en Iquique la orden se sirvió fría. Temprano un estruendo enmudeció el graznido de los patos yecos y los prismáticos de los turistas apuntaron al oriente. Acto seguido, entre las vainillas, racimos y sirenas, vimos a Cardoen arder. Luego, con la misma intensidad impactaron a quemarropa las palabras del obispo Javier Prado Aránguiz: «Estas bombas que mataron a los trabajadores son las mismas que matan a hombres en Irán e Irak». Lentamente tragamos el espeso caldo negro y, contrario a la ficción, el olor de la pólvora por la mañana no huele a victoria.

Carlos Vargas Saldivia, 34 años, Alto Hospicio

Había una vez

Había una vez una niña que estudiaba en el colegio Hispano Británico. La chica, como todos los días, esperaba un taxi para ir a su casa, cuando de pronto apareció un señor y le dijo que sus padres habían tenido un accidente y que la acompañara porque él sabía dónde estaban. La niña subió al auto y no supo dónde iba. Desapareció y luego fue encontrada en unas dunas en Alto Hospicio. Fue violada, pero encontrada con vida. Tenía diecisiete años y se llamaba...

Luis Coevas Campos, 16 años, Iquique

El entierro

Al pie del cerro Huantaca, el frío terral nocturno salió a recibirlos. Sabían la fórmula: no ambicionar, fijarse dónde se extingue el fuego fatuo, clavar allí la cuchilla, precaverse de las emanaciones del antimonio. Esperaron. Irrumpió la lucecilla. Ensayó unos pasitos y comenzó a girar como trompo. Hasta que, extenuada, se apagó. Incrustaron el puñal apuntando al epicentro de la fortuna. Escarbaron. Un cajoncillo de madera que abrieron de inmediato: muchísimas monedas de plata. La vida cogió un rumbo complaciente, pero efímero. A los pocos meses, los tres yacían enterrados: se olvidaron del antimonio, veleidoso espíritu de la plata.

Braulio Olavarría Olmedo, 70 años, Iquique

Veintiocho años de luna

Bajaron del vehículo que los trajo del pueblo de La Tirana. Caminaron por Pedro Prado rumbo al sur. Iban el padre Javier, la hermana Eliana y Juan Aros. Venían felices de participar en un encuentro de caporales y comentaban pormenores de este. Una camioneta blanca pasó a gran velocidad. «Termine la idea, Juanito». El caporal del baile promeseros no respondió. Intrigados volvieron la mirada, cincuenta metros atrás yacía su compañero de fe. El conductor jamás identificado cambió de vehículo varias veces. Veintiocho años después, Juan Aros, que aún sigue luchando, espera cama para su operación número veintiocho.

Purísima Vásquez González, 66 años, Iquique

La explicación

Una leyenda aimara cuenta que los cóndores pueden mutar en hombres y que lo hacen para secuestrar mujeres y convertirlas en sus esposas. Aquí, en Hospicio, ya van cinco mujeres desaparecidas este año.

Luciano Bravo González, 34 años, Iquique

Los extranjeros

La niña cerró los ojos, no entendía nada de lo que sucedía. Su madre no la dejaba ver, oír ni hablar. La niña olía el miedo y la piña desde la caja en la cual estaba escondida. La niña se tapó los oídos y comenzó a rezar hasta quedarse dormida. Unas horas más tarde, escuchó una voz suave y protectora que le decía: «Despierta, cariño, tenemos que caminar unas horas más para llegar a Iquique».

Alan Villarroel Guzmán, 22 años, Iquique

Cuando se quedó en blanco

Ella pensaba cada día por qué le había tocado esa vida. Pero siempre al mirar el atardecer de Iquique pensaba: por más difícil que sea, me gusta esta vida.

Soraya Villalobos, 14 años, Iquique

Un día más

Amanece sin sol, el hielo y el frío me tocan. Afuera hay cellisca y puedo oler el altiplano. Miro la foto de los míos, es otro día más sin ellos, otro día de poder darles todo. Porque soy mujer, mujer minera, arriba la mirada de frente hacia el futuro. Pasos duros de pies congelados y digo: «Hoy nadie me gana».

Fabiola Arévalo Cortés, 36 años, Alto Hospicio



Ilustración realizada por Valentina Contreras para el cuento «La señora Rosita», primer lugar (p. 18)

El lenguado

Sabía que tenía que pescar algo. Ya se habían devorado las frutas y el pan que llevaban. El peso de la lienza era contundente. Estuvo luchando cuatro horas en playa Chipana contra el lenguado, que terminó finalmente sobre las piedras hirvientes de la fogata. Ni Hemingway lo hubiera hecho mejor.

Jorge Caucoto Gramattico, 44 años, Iquique

El pescador de Punta Gruesa

Se despertaba, en la mañana, antes de que saliera el sol. Ahí estaba mi viejo, con su caña de pescar, su sombrero gris y su furgón azul. Temprano hacía de su búsqueda una aventura insólita: encontrarse con la más temida fiera de los océanos. Al recorrer su playa Punta Gruesa, meditábamos todos en casa si llegaría a la hora de once o si simplemente llegaría y nos traería sus ricos y finos pescados. Mientras tardaba en llegar, yo despertaba de mi sueño. Me di cuenta de que se le hizo costumbre: miré y él ya no estaba.

Henkel Pelech Zúñiga, 21 años, Iquique

Entre dos mares

Le impresionó el hallazgo: petrificados, bajo la capa salitrosa de aquel océano de arena que para él era el desierto, un pájaro marino con dos huevitos. Intempestivamente, la tierra empezó a temblar frenética. Las dunas parecían olas en movimiento. Corrió. Bajando los cerros, observó altas y encrespadas contracorrientes. Sobre la playa, nadie, nada, ni siquiera una balsa. Ique-Ique había desaparecido. Solo. Lloró. Ahora tendría que refundar la vida. Con huiro —que a montones desparramaron las olas—, más brea y sangre de lobo marino, levantaría un toldo. Luego iría a otras playas en busca de sobrevivientes. Y de una compañera.

Braulio Olavarría Olmedo, 70 años, Iquique

Floreo en Cancosa

Nada es normal en Cancosa. Al llegar, unas familias te reciben y te ofrecen pan de quinua y asado de llama. El frío penetra los huesos y los truenos explotan en tu panza. Un olor a tierra mojada que huele a altiplano y, entre el pusitunga y la altura, los volcanes Ingiño y Sillajuay perdidos en la bruma. La música suena cada vez más fuerte al ritmo de bombos y quenas. Las danzantes ondean banderas blancas, la wiphala y la chilena. Y recuerdo que estoy perdida entre Chile y Bolivia, intentando seguir el ritmo y brindando por la pachamama.

Miryam Jaramillo Ávila, 50 años, Alto Hospicio

Carnaval

Terminaba febrero cuando un ruido jovial me invitó a salir a la calle y bailar. Los vecinos iban en una procesión festejando la llegada del mundo a la inversa. El llanto de la viuda se mezclaba con el sonar de las trompetas, que sólo guardaban silencio entre sorbos de alguna bebida fría. Continúa la marcha hacia el mar, multiplicando risas, fabricando recuerdos, tiñendo el cielo de serpentinas que anuncian el entierro de las viejas esperanzas. No era un sueño, era la ciudad y su gente entregándonos la oportunidad de cambiar la máscara que vestimos en el año.

Jorge Said Barahona, 31 años, Iquique

Sicosis urbana

Era el colmo de la mala suerte, había discutido con mi mujer esa mañana y recordé que el jefe me había «cafeteado» el día anterior por mis continuos atrasos. Y ahora de nuevo a enfrentar el mayor de mis infortunios diarios: salir a la calle Amunátegui y encomendarme a mi san Lorenzo para encontrar un colectivo piadoso que me traslade a la Zofri a eso de las 8:15 a. m. ¡Qué odisea!

José Victoriano Parra, 70 años, Iquique

Triste realidad

La fiesta estaba a todo dar, los alférez entregaban bebidas por doquier, la música, que se presentía como tormenta, se aglutinaba por cada sendero del pueblo. Mujeres, niños, ancianos, todos, incluyendo los carabineros, festejaban como roedores con queso. Cada mortal, con la sonrisa en el rostro, se dejaba seducir por la inmediatez de la noche y sus estrellas. Penosamente, el sol irrumpió en escena y, con ello, la huida de los lugareños. Ni las calapurcas puestas en la mesa fueron un atractivo para retenerlos. Así, el pueblito de Quebe, se quedó desolado por otros 365 días, esperando ser nuevamente festejado.

Héctor Barraza Ahumada, 30 años, Colchane

Etérea

MENCIÓN HONROSA

Es viernes, y el ajeteo en las breves calles del barrio El Morro empieza desde temprano. Sentada en un banquito hecho por su padre, amarra ataditos de cilantro serenamente. A ratos levanta la vista y observa todo en completo silencio. Detiene su labor sólo cuando se lleva a la boca una hojita.

Viviana Góngora de la Vega, 43 años, Iquique

Estudiante de La Huayca

Corría el año 1985. Se iniciaba la aventura musical de las tunas y estudiantinas en Iquique. Remembranza de un pasado glorioso de la pampa salitrera tapizada de oro blanco. Realzaban con sus auténticas melodías el deleite de nuestros ancestros, con sus instrumentos y sus aguardentosas voces, virtuosos de estirpe nortina, ejemplares de épocas gloriosas. Hoy han emprendido un largo viaje al festival de la eternidad.

Bernardo Morales Palacios, 59 años, Alto Hospicio

Década de los cuarenta

Algarabía de estudiantes. La Reina de la Primavera es ¡Giny Primera! Jóvenes disfrazados, serpentinas, confeti, globos inundan la calle Baquedano. La reina y damas de honor recorren las avenidas en victorias tiradas por caballos, seguidas de otros vehículos y vocingleras comparsas. Giny se traslada a otra región; pasan inexorablemente los años. Regresa de paseo a su añorado Iquique, en un grupo de mujeres de la tercera edad, viuda, apoyada en un bastón. Solitaria recorre Baquedano, rememorando el período más feliz de su vida. Por años un joven esquizofrénico enamorado de ella vagabundó las calles de la ciudad llamándola: «¡Giny! ¡Giny!».

Edgard Miranda Barrera, 78 años, Iquique

Carnaval Morrino

La tarde del primer domingo de marzo, iba caminando por El Morro y de repente vi una turba de gente que se acercaba cantando y bailando con una persona hecha por ellos: el rey Momo. Algunas personas estaban con disfraces y otras no. Eran familias enteras: papás, mamás, hijos, abuelos y hasta mascotas. Lanzaban harina y rompían huevos en la cabeza de las personas. Se acercaron un montón de niños y me llenaron de harina. En ese instante, me uní a la alegría del carnaval y me hice morrina.

Almendra Letelier, 14 años, Iquique

La final

Era mi primera vez al interior, poquito a poco la pampa se oscureció. Al afinar la vista, pequeñas pendientes ondulaban al paso del vehículo. De pronto, al inicio de la quebrada, humo, ollas, fuego, sopaipillas, té con té, chocolate caliente, muchas personas con frazadas y ponchos. En silencio, al medio, un pequeño televisor color rojo, en blanco y negro, agarrando señal con calaminas y tubos fluorescentes. Los cuerpos quietos, doblados de frío saltan. «Campeón, campeón, la Libertadores se queda en casa». El cauce del río se inundó de alegría desde el alto de Calatambo.

Rodolfo Rojas Figueroa, 35 años, Iquique

A la memoria del diablo tumbado

El vendedor de chupetes con su triciclo recorría las calles del barrio plaza Arica, tocando su corneta de cacho de toro anunciaba su presencia. Para la fiesta de La Tirana, le bailaba a la Chinita. Era diablo suelto ese de máscara de yeso, traje rojo con lo justo, sin tanta parafernalia. En cada salto y mudanza bailada, Carlos, el diablo tumbado, por las cañas de vino suelto, cada año pagaba su manda.

Hernán Rivera García, 51 años, Iquique

Paseo en lancha

Mientras veíamos la cara del simio en el cerro, la Rosa cantaba el himno nacional y nosotros la seguíamos.

Soraya Villalobos, 14 años, Iquique

Don Quintín

Durante muchas épocas, don Quintín ha hecho gala de su mejor pericia sobre los cabellos de incontables iquiqueños. Su barbería, tan auténtica como casi extinta, aún sobrevive al progreso y al estereotipo europeo de moda caucásica. Su viejo letrero de madera pronto se convertirá en pieza de colección y de recuerdos. Sus tijeras, navajas e historia ya han sido requeridas en lo más alto, y a sus ochenta y un años don Quintín parece saberlo bien. Es miércoles y está cerrado. Una flor adorna los pies de su amada barbería.

César Elgueta González, 32 años, Iquique

Aquella mujer

Y todas las mañanas al irme al trabajo, ella estaba en su esquina, ahí, en plena calle, con su colchón y frazadas de toda la vida. Frente a la cárcel, en La Puntilla, en el mismo lugar donde transitan gendarmes y personas con trajes de dos piezas. Pero se le ve feliz y, cuando pienso en eso, me pregunto en qué momento se nos olvidaron las cosas simples.

Nayadet Jara Jara, 29 años, Iquique

Mercachifle

Vivió en la pampa, estuvo en Huara y también en Pozo.
Cuando cerraron las salitreras, bajó a Iquique. Quería
volver a ser mercachifle, pero ya no era lo mismo.
Banderas negras flameaban en la ciudad.

Juan José Flores Cárcamo, 54 años, Iquique

Esperanza

Una noche iba subiendo el cerro y, al llegar a la animita
de san Lorenzo, vi dos velas que ardían. No tengo luz
en la parcela. Al sacarlas sentí la voz de un cabro chico,
como si se asombrara de que alguien las sacara. Creí
que estaba cerca y lo busqué. No encontré a nadie, creo
que fue uno de los niños que cayeron para el terremoto.
No me dio miedo. Esa es la verdad. Ahora pienso ir
ahí mismo a pedirle los números ganadores del Loto.
Cómo saben si me hace el milagro.

Nicanor Turra Ledesma, 71 años, Tarapacá

La artista del Municipal

El nuevo guardia escuchó música y voces al interior del Teatro Municipal. Estoy alucinando, pensó, mientras caminaba al escenario. Al llegar, entre las penumbras vio a una bella mujer que cantaba y cuyo cabello rubio oscuro a la luz de la linterna resaltó en la oscuridad. «Habló algo en lengua extraña y desapareció», le explicó al administrador cuando entregaba su turno, todavía nervioso por lo sucedido. «Ella es», le dijo, señalando un retrato en la pared. «Era Sarah Bernhardt», le contestó el jefe, «una artista francesa de fines del siglo XIX que a veces nos vuelve a visitar».

Jorge Vargas Martínez, 60 años, Iquique

El niño Jesús

La China y el Lolo se conocieron en la plaza Arica, para una octava. Se enamoraron de una, pero su relación estaba prohibida, porque pertenecían a barrios rivales en el carnaval. Se veían a escondidas bien seguido, hasta que la China quedó embarazada y decidieron escaparse a vivir juntos. «Vámonos a La Tirana», dijo la China. «Mejor a Tarapacá», contestó el Lolo. Al final se establecieron en una toma de Alto Hospicio, para luego postular a la casa propia. A su hijo le pusieron Jesús.

Eleazar Salinas, 30 años, Iquique

La siberiana y el notario

Aquella siberiana era una jovencita muy delgada, con una diminuta cintura, unas tremendas piernas, una sonrisa cautivadora y poseedora de una mirada con ojos penetrantes. A sus diecisiete años, trabajaba en la notaría de la ciudad. El nuevo notario, cincuenta años mayor, oriundo de Valparaíso, socialmente distinto, sería quien enamoraría a esta chiquilla, que venía a su trabajo todos los días desde la población. La Siberia, barrio norte de Iquique.

Ibis Jiménez Jeria, 45 años, Iquique

Piquichuqui

MENCIÓN HONROSA

No sabía nada de él desde hace seis meses. Aunque el enojo había disminuido, seguía imaginando lo que haría si se lo encontraba nuevamente. Una tarde de verano se encontraron cara a cara. El destino quiso que ella tuviera un piquichuqui en sus manos.

Carolina Astudillo Núñez, 36 años, Iquique

Un milagro

En la ciudad de Iquique, antiguamente había un niño llamado Jairo. Era alegre, vivía con su familia y corría por las chacras. Un día Jairo, corriendo por los cerros, se cayó. La gente tenía muchas creencias: decían que espíritus vivían en los cerros vírgenes y que se apoderaban de la gente buena. Jairo se enfermó y llamaron a un curandero, que trató de sanarlo con muchos remedios. El curandero le pidió a la familia una sábana blanca y un cordero negro para salvarle la vida. Finalmente, lo salvó.

Yeliza Tapia, 10 años, Alto Hospicio

Águila dorada

Había un águila a la que le gustaba volar muy alto por los cerros y montañas de Tarapacá. Un día voló hacia la luna y algo brillante allá abajo llamó su atención. Era un lago dorado, rodeado de rosas, tulipanes y margaritas. Con curiosidad y encanto aventurero, quiso darse un baño en aquel hermoso lago. Se sumergió. Cuando salió a la orilla, vio que su plumaje era dorado rojizo. ¡Aquel lago era de cobre! Brotaba del interior de mi linda tierra del norte.

Germán Cerda Cárdenas, 6 años, Alto Hospicio



Mi primera vez

Cuando era muy pequeño, mi mamá me llevó al estadio para pasar tiempo conmigo. Una vez sentados, anunciaron a los Dragones Celestes, y yo imaginé que saldrían dragones escupiendo fuego por su boca como el que sale en la insignia de la polera. Esperé con miedo y emoción, mientras la gente gritaba de alegría. Luego de un rato, le pregunté a mi mamá dónde estaban los dragones y ella me señaló once jugadores en medio de la cancha y dijo que yo era un dragoncito. No recuerdo cómo terminó el partido, pero siempre he querido ser uno de esos dragones.

Samuel Carvajal Alday, 6 años, Iquique

Dinosaurios II

La primera vez que fui a Pica con mis papás, no sabíamos que habían dinosaurios. Cuando pasamos por la carretera era de noche y se veían terroríficos. Primero eran dos y luego, en otro viaje, aparecieron más. No sé por qué a los dinosaurios les gusta tanto vivir en Pica, será por la fruta o por la cocha. Pero a mí, como a los dinosaurios, me encanta ese lugar.

Samuel Carvajal Alday, 6 años, Iquique

Caos en la Zofri

Había una vez en la Zofri un joven llamado Jim, que trabajaba en la tienda de juguetes Altiro. Al lado de la tienda, pasaban unos reponedores. Uno llevaba cajas de líquido de pila y otro cajas de cobre. Los dos se tropezaron y el cobre y el líquido cayeron en un muñeco encendido. El muñeco se electrocutó y se apagó. Después se le pusieron los ojos blancos y atacó a las personas con chorros de electricidad. El reponedor Carl le prestó a Jim un destornillador. Jim le sacó las pilas al muñeco y todos lo aplaudieron.

Mikhail Nesvadba Comelin, 10 años, Iquique

1971

Seis años. Me como los porotos rápidamente mientras mi hermano compite conmigo a ver quién termina primero. He ganado. Salgo a la calle corriendo, él me sigue el paso y nos ponemos a jugar fútbol. Desde lejos divisamos una leve manta de polvo. Se siente un ligero temblor y de pronto se distinguen de lejos los toros, tratando inútilmente de escapar del matadero. «Vamos, corran», pienso, mientras mi madre desde la puerta nos grita que entremos.

Fabiola Uribe Castillo, 16 años, Iquique

Los enanos cosquillosos de Cavancha

Cierto día, en uno de sus paseos a playa Cavancha, mi abuelito se quedó dormido mirando el horizonte. En sus sueños pudo vislumbrar unos pequeños enanos negros que muy juguetones entraron en su boca para robarle la cosquilla. Cuando juego con mi abuelito, intento hacerlo reír, pero ¡ya no tiene cosquillas! Dicen que en Cavancha viven unos enanos negros, traviesos y simpáticos amiguitos que ríen todo el día...

Sayen Baeza Ramírez, 7 años, Iquique

Los Gentiles

Antes había personas que eran muy muy pequeñas. Y lo más bueno es que ellos mismos hacían sus casas y eran inteligentes. En Mamiña todavía hay casas de ellos, son muy chiquititas, hay que pasar agachado. El pueblo de los Gentiles está debajo de un cerro. Lo malo es que dicen que esas casas chiquititas ahora las ocupan en droga y contrabando. Y sus casas eran de piedra y paja.

Brayan Ramírez Sinisterra, 12 años, Pozo Almonte

Turulo, un gato muy cristiano

Mi madrina se llama Irma, vive en La Tirana y es custodia del Santuario. Me dicen que es la que cuida la casa de la Carmelita. Yo la he visto con unas llaves grandes. En la rectoría hay un gato que se llama Turulo. Parece que es amigo de San Martín de Porres, porque le gusta ir a misa y se queda cerca del altar. Cuando el templo queda vacío, saluda a todos los santos y conversa con la Chinita.

Sun Chía Trabucco, 9 años, Iquique

Bambi

Era verano. Mi abuelo viajó y me trajo un lindo y adorable ciervito, a quien llamé Bambi. Solíamos pasearlo por las noches en playa Brava para que no causara tanta impresión a la gente. Cada vez que Bambi observaba a los perros con sus hijos, solía aparecer una tristeza en su cara. Le conté a mi abuelo inmediatamente y él me explicó que, en la caza donde lo rescató, su madre murió.

Camila Carlini Soto, 19 años, Iquique

El dibujo

TALENTO JOVEN

Tomé la decisión de dibujar un bosque y, en vez de ramas y hojas de pino, me salió una palmera.

Juan Colipi Vera, 16 años, Alto Hospicio

La palomita

Un día de primavera, muy temprano por la mañana, una palomita buscaba migas en una plaza de Iquique. Tenía mucha hambre. Encontró algo parecido a una masa y se la comió. Desesperada sintió que se ahogaba y todo se silenció a su alrededor... y voló al cielo azul. Allí, en una nube, encontró a su amigo Jesús y le pidió que mandara ángeles a la Tierra, en especial a ese lugar, para proteger a su familia. Le pidió que enviara mensajes a la gente irresponsable que tira chicles en lugares donde las aves buscan comida. Aquella palomita se lamentó.

Germán Cerda Cárdenas, 6 años, Alto Hospicio

Marcelo

Una tarde Marcelo iba caminando por La Negra con sus amigos, alegres y deseosos de jugar, pero al llegar a una esquina todos se pusieron temerosos. Vio a sus amigos apuntando hacia el otro lado de la calle. Vio todo sucio y oscuro, había gente rara. Marcelo fue hacia ellos, como siempre alegre y deseoso de arreglar todo, y ellos, con una forma especial de hablar, le dijeron: «¡Lárgate de aquí, niño!». Se escuchó un estruendo fuerte, todos corrieron, sólo Marcelo se quedó quieto. Ahora juega en otro lugar, más tranquilo.

Julio Allende, 15 años, Alto Hospicio

Inostroza, Jorge

Oscuras calles, intemperie en poblaciones, noches entre balas, es así como mis extremidades guían sus andares entre esencias cargadas de sudor y sangre, mezcladas con ambientes de desesperanzas permanentes. Los aires se confunden entre humos tabaqueros, delgados papeles y líneas aspirantes. Mi avance sigue, se encuentra con el necesitado tráfico. Me detengo ante tal llamativa vista de placer e inmediatamente me alcanza la euforia en rapidez ascendente. Camino entre alegrías y felicidades infinitas, siento mis pies en el aire e, inmediatamente, me observan intimidantes ojos, balas al aire que impactan, para luego caer en esta famosa población.

Paulina Peña, 17 años, Iquique

¿Qué lugar es?

Escondida entre los cerros, muy lejos de Iquique y del agua fría, pero cerca de la cordillera y del agua termal. Lejos de la playa y de grandes edificios, pero cerca de las cochas y las chacras verdes. No es ruidosa como la ciudad, sino callada y muy tranquila. Es desconocida para la gente, lejos de la tecnología, escondida del tiempo pues este se olvidó de ella. ¿Sabes de qué te hablo, Manuelita? La niña responde moviendo la cabeza hacia los lados. Hablo de Mamiña, que está oculta de la sociedad.

Ayleen Bacián Gutiérrez, 15 años, Alto Hospicio

El agua de Quipisca

Una avalancha cruzó la quebrada. «¡Leo!, ¡sube al cerro!». Todos subían rápidamente, mientras Lucy desde la casa observaba cómo su abuelito y su papá corrían del agua que venía tras de ellos. «¡Cariño, suegro, apúrense!», gritaba su madre. En tan sólo diez minutos se hundió el camino y las chacras. «¿Qué paso, abu?», decía agarrándose a su abuelita, mirando con intriga a sus padres y a su abuelito subir el cerro. «Lucy, el agua se escapó del río», dijo mirándola con dulzura. «Quería conocer lo lindo que es Quipisca, se aburrió de estar encerrado».

Ayleen Bacián Gutiérrez, 15 años, Alto Hospicio

Verano en Iquique

Son las 15:00. Mi mamá está trabajando, y con mi amiga Jerusalén la esperamos para ir a la playa Cavancha. Para tomar la micro 121, bajamos de Alto Hospicio. Nos bañaremos y nos quedaremos hasta las 19:00 tomando té con hierba luisa. Nos ubicamos en medio de Cavancha, donde está el regimiento. Bajan las banderas, eso nos indica que son las 18:00. Ahí nos bañamos y jugamos. Después caminamos hasta Vivar con Libertad para la micro de regreso.

Mariel Sepúlveda Pérez, 11 años, Alto Hospicio

La bandera

En aquellos veranos, la bandera chilena era no sólo un símbolo patrio, sino la señal más importante para algunos de los bañistas. Bandera que bajaban a las seis de la tarde en el regimiento frente a la playa. Esa bandera que a veces se hacía esquivo cuando la bajaban y no nos dábamos cuenta por los juegos en el mar. En ese momento debíamos correr a nuestros hogares para poder bañarnos, porque, de no llegar a tiempo, tendríamos que sacarnos el agua salada con el agua fría que los hogares iquiqueños mantenían en los tambores.

Kareen Godoy Jorquera, 43 años, Alto Hospicio

Toque de queda

La brisa marina acaricia mi piel como si fuera única. Siento el olor marino y el salado gusto de Cavancha. Toco la arena mientras mi hermano chico insiste en jugar a ser salvavidas. De tanta persistencia, acepto. Jugamos hasta el cansancio, vemos el atardecer cayendo sobre el mar, desapareciendo en el horizonte. De pronto un susto me atrapa, miro hacia atrás, han bajado la bandera. Agarro la mano de mi hermano y corremos en dirección a casa.

Fabiola Uribe Castillo, 16 años, Iquique

Lo que nos une

Ellos lo hicieron por cariño. Yo era el único nortino y estaba tan lejos de mi tierra que quisieron agasajarme por mi cumpleaños. No sé cómo lo consiguieron, pero frente a mí había un paquete intacto y oloroso del mejor chumbeque de guayaba. Lo tomé entre mis manos con delicadeza y no pude contener las lágrimas. Una mujer suspiró y puso con dulzura su mano en mi cabeza. Todos guardaron un respetuoso silencio. Al día siguiente, estaba a bordo del Ramos Cholele rumbo a Iquique con un chumbeque en el bolsillo y el corazón latiendo a mil.

Mauricio Valdés Huidobro, 42 años, Alto Hospicio

Príncipe aimara

Recuerdo el día que conocí al príncipe aimara: «Juan Huiru es mi nombre», dijo duro, como su piel oscura y seca. Él, de postura impenetrable con aires reales, continuó: «Soy el nuevo ingeniero metalúrgico del proyecto Lirima. Hijo de Juan Huiru y Yana Mamani, el mayor de trece hermanos, herederos de miles de hectáreas en el desolado altiplano de Cariquima, tierras sin más valor que la magia innata del desierto». Escondían un tesoro natural: el agua. Las tierras fueron ambicionadas por importantes inversionistas, negociadas por cero dinero. El trueque del padre fue educación y trabajo para sus trece hijos.

Marianella Muñoz Espinoza, 30 años, Iquique

La oficina

La oficina Santa Laura me despierta miedos, lágrimas o suspiros, por motivos que mi padre no adivina ni conocerá nunca, a pesar de sus preguntas o la paliza que me dio cuando me supo embarazada y quiso saber de quién. Ahora la oficina aparece repentinamente. Entonces recuerdo ese secreto que nunca liberaré y que me asusta cada vez que tomamos esta carretera. Como hoy, en que por fin le grito que allí me forzó su amigo, el que se fue pa'l sur dejándome tan aterrada como ahora, que atenazo el volante gritando que no acelere tanto, ¡que vamos a chocar!

Héctor Mérida, 57 años, Iquique

Amor pampino

Nos aventuramos a través de la pampa. Al caer la noche, un manto de infinitas estrellas iluminaron nuestro andar. De fondo, a lo lejos, los bombos anunciaron la cercanía del pueblo. Apresuramos el paso, pues queríamos ser parte de la euforia de mil colores que celebraban a la reina del Tamarugal. Máscaras, trajes, música y bailes nos recibieron con todo su esplendor. Intentamos hacernos paso hasta la plaza. De pronto, la medianoche se hizo presente y la multitud comenzó a entonar su himno. Con un beso sellamos el momento perfecto.

Constanza Catalán Barker, 28 años, Iquique

El artesano de Baquedano

En Baquedano me enamore de ti, en Baquedano pasamos largas tardes conversando, en Baquedano un artesano nos interrumpía tratando de vender el trabajo de sus manos y diciendo que me adornaras con una tejida pulsera de macramé. En Baquedano llegué a odiar a los artesanos que interrumpían mi viaje al cielo con sus artesanías de metal doblado. Y ahora añoro volver a sentir que me enamoraba de ti y un artesano volvía a interrumpir mis mariposas volando en el estómago con sus pulseras de macramé y metales doblados y una que otra canción que nos tocaba con su guitarra.

Nicolle Isla Ballon, 29 años, Iquique

La caja de zapatos

Con ansias esperaba que llegara el día lunes. En la tarde llegaba mi tío Lucho (Luis Kam) de la oficina salitrera San Enrique. Traía, como siempre, su caja de zapatos llena de billetes celestes de cinco y de monedas de cobre de uno, de cincuenta y de veinte céntimos. Mis dos hermanos mayores agarraban un billete cada uno y yo, con suerte, dos monedas de peso. A mí me alcanzaba para ir a la matinée y comprar dos cachos o dos lalos. Casi siempre íbamos al teatro Coliseo.

Mario Magne Castillo, 68 años, Alto Hospicio

Mangos

Mi abuela siempre me dijo que, si alguien comía un mango, nunca se iba de Iquique. Cuando lo conocí, recordé sus sabias palabras y saqué del árbol el mango más grande. Lo limpié, lo puse junto a mi almohada y lo besé por la mañana. Se lo di a mi amor y él lo retribuyó con caricias y con un hijo. Fuimos muy felices hasta que ella apareció y le dio dos nuevos mangos.

Francisca Varela Carvajal, 17 años, Alto Hospicio

Los viajes del Zheng He iquiqueño

Mi abuelo tiene un amigo en el Cheng Ning Hui. Aunque se llama Jorge, siempre le dice Chang Ching Chong. Don Jorge ha viajado por todo el mundo muchas veces, incluso ahora que usa bastón como todo abuelo chino. Aunque lo he buscado por internet, no lo encuentro, pero sí su historia. Parece que se llamaba Zhen He, un verdadero Colón chino, que, en la dinastía Ming, hizo siete viajes por los mares de su mundo conocido. Don Jorge no viaja en los legendarios bao suchuan (barcos del tesoro), pero sí en avión y en uno que otro crucero.

Li-Lian Chía Trabucco, 13 años, Iquique

PRESENTAN PAMPA NORTE Y FUNDACIÓN PLAGIO

Participa hasta el 26 de agosto del 2016 y podrás ser parte de la próxima edición de este libro.

www.iquiqueen100palabras.cl

 Iquiqueen100palabras

 @iquique100

PRESENTAN



MEDIA PARTNERS



radiopaulina

PROYECTO ACOGIDO A LA LEY DE DONACIONES CULTURALES